

¿HAY?

¿VA a HABER INFLACION en VENEZUELA?

Manuel Pernaut, S.J.

De ser sometido, con método análogo a los interrogatorios, por "sí" o "no", "verdadera" o "falsa", a la triple pregunta enunciada en el título, me **gustaría** poder responder con aplomo. Tendré, sin embargo, que ser algo más cauto, pues en cuestiones complejas resulta ingenuo dar respuestas simplistas.

Con todo, basado en los comentarios que voy a intentar hacer sobre la "situación monetaria" y en un estudio más pormenorizado que llevo entre manos, me atrevería a anticipar a los lectores mis conclusiones, respondiendo en la siguiente forma:

A la 1ª pregunta: **¿Ha habido?** Respuesta: **Aparentemente, no.**

A la 2ª pregunta: **¿Hay?** Respuesta: **En los últimos tiempos y semanas, los precios están dando signos de mayor inquietud.**

A la 3ª pregunta: **¿Va a haber inflación?** Respuesta: **En Venezuela la inflación es riesgo permanente, hoy día más actualizado.**

En el mundo se respira un clima universal y enrarecido de inflación, como lo comprueban los esfuerzos realizados en todos los países para contener la carrera acelerada de los precios.

En cambio, en Venezuela, por el momento presente, los aires serían más puros. Pues al decir de un fino articulista en "El Nacional" —el Dr. Gonzalo Barrios— la inflación sería "palabra de porvenir", en el doble sentido, un tanto inocuo con respecto al tiempo futuro, más irónico en cuanto a la pujanza que el fenómeno pueda presentar.

A fin de ayudar a los lectores a sacar por ellos mismos sus propias conclusiones, les ofrecemos: 1) algunos datos, y 2) algunas explicaciones.

1) ALGUNOS DATOS

Si aceptamos como válidos los índices elaborados por el Banco Central sobre el costo de la vida o los precios al por mayor, y soslayamos los reparos que implicaría su comparabilidad con los de otros países, podremos afirmar que el caso de Venezuela va resultando ejemplar en cuanto a procesos inflacionarios se refiere.

Examinando, en efecto, los índices del costo de la vida, podremos observar que para el período 1963-1968, el promedio anual de crecimiento del índice de precios que más afectan al consumidor ha sido superior al 30% en Uruguay y Brasil, al 25% en Chile, al 20% en Argentina, al 15% en Perú, del 8,90% en Colombia, del 2,04% en México.

Mientras que el alza del costo de la vida en Venezuela, para idéntico período, se mantuvo en el ligero ritmo de aumento anual del 1,32%.

Cuando, a su vez, entre los países más avanzados había sido del 7,34% para Dinamarca, del 5,42% para el Japón, del 4,39% para Inglaterra y aun del 3,38% para Estados Unidos y del 2,2% para Alemania.

Es decir que, a juzgar por ese síntoma, Venezuela sería el paraíso de la estabilidad monetaria.

Contrasta obviamente con semejante conclusión el clamor cotidiano de las amas de casa, que se quejan del encarecimiento constante de los precios y de los agobios del presupuesto familiar.

Luego una de dos, o la queja es infundada o los índices no reflejan la realidad.

No se olvide que los índices son imperfectos siempre, aun los mejores; que en la sombra de los promedios pueden difuminar desviaciones particulares llamativas, como es el caso para las hortalizas, que han aumentado en un 30%; para el pescado y mariscos (15%), los vehículos (20%); y lo mismo el de algunos artículos o servicios de carácter superfluo o de semi-lujo: joyas, entradas en algunos cines, gastos de enseñanza privada, etc.

Pero, de todos modos, la diferencia relativa de la subida de nuestros precios con la experimentada por los de otras naciones es tan amplia como para absorber cualquier imperfección de los índices.

Quedaría, pues, firmemente establecida la seductora conclusión de que en Venezuela no habíamos padecido los males de la inflación.

2) ALGUNAS EXPLICACIONES

El fenómeno resulta tan singular y sorprendente, que es preciso buscarle explicación aceptable.

Sometemos a juicio de los lectores la serie siguiente de razones, sin que ello

quiera decir que nos satisfagan, siempre, plenamente.

1.—No conviene olvidar nunca que la estabilidad de los índices no prueba que los precios sean bajos. Han subido poco porque ya inicialmente eran altos, comparativamente a los demás países latinoamericanos. Y ello por la monetización en bolívares de los dólares petroleros, que eleva nuestra estructura de costos, ingresos y precios.

2.—En segundo lugar habrá que conceder que la estabilidad de los precios ha sido más firme en tiempos pasados que en el momento actual. El clamor por el alto costo de la vida se está haciendo cada día más insistente porque, a decir verdad, desde mediados de 1968, los precios están dando signos de mayor ebullición. El ritmo de aumento del índice se ha elevado desde entonces al 2,4%. Y es muy probable que en meses recientes, y aun en las últimas semanas, el proceso se haya acelerado.

No obstante, conviene recordar que durante todo el año 1969 y primeros meses de 1970 las subidas de precios han sido más vigorosas aun en los países desarrollados: Estados Unidos (5,3%), Inglaterra (5,5%), Francia (6,0%), etc.

3.—En la estabilidad de los precios ha influido la relativa bonanza que la producción agrícola ha registrado en los pasados años; creció de 1962 a 1968 —aun a precios constantes— del 5,5%, anualmente. En 1969 lo hizo a un ritmo algo menor del 3,7%. Pero en todo caso, mayor que el del crecimiento de la población.

Nuestros rendimientos por hectárea se comparan ventajosamente con los del resto de los países latinoamericanos en el arroz (2.020 vs. 1.620 kgs./Ha.); en las papas (8.700 vs. 6.800 kgs./Ha.); en la caña de azúcar (70.200 vs. 46.700); en el tabaco (1.470 vs. 960); en la cebolla (21.000 vs. 9.700); en el ajonjolí (630 vs. 610); en los cambures (21.200 vs. 16.800) etc.

Desmerecemos algo, y en parte por incuria, en la producción de caraoatas, arvejas y algodón.

La extensión de los cultivos ha venido incrementándose en un 5%. A fines de 1968 estaban en uso 1.851.166 hectáreas.

En este contexto tenemos interés en recalcar —pues otras veces hubimos de formular críticas— los innegables resultados que, pese a deficiencias conocidas, el proceso de Reforma Agraria está causando. Los asentamientos cosechan ya la cuarta parte de las hectáreas cultivadas en el país. En 1969 el valor de su producción sobrepasó los 545 millones de bolívares. En varios renglones supone porcentajes interesantes del total nacional: arroz (44%), maíz (68%),



yuca (80%), ajonjolí (55%), tomate (55%), huevos (20%). Las familias asentadas ascendían a fines de 1969 a 170.738. Con todos los correctivos del caso, por deserción, reventa y concentración de parcelas, tan alta cifra de familias supone una elevada porción de nuestra población rural. Ahora bien, es sabido cómo las unidades menores de explotación insumen y consumen proporciones apreciables de la propia producción. Es decir, que esa amplia capa de consumidores no presiona mayormente sobre los precios de variados alimentos.

4.—Análogamente, el proceso de industrialización también ha contribuido con el aumento de la oferta nacional de productos a la estabilidad de los precios.

No obstante, el efecto ha sido visiblemente contrariado por la protección arancelaria que está siendo eficaz en favorecer la implantación de factorías, pero es excesiva y, en general, demasiado duradera; lo mismo que la restricción de las importaciones. Estos factores explican algunas alzas abusivas de precios, como es el caso evidente de los automóviles y sus piezas de repuesto. No hay argucia contable de la CIVA, ni achaques del proceso de incorporación de partes nacionales, que expliquen por qué modelos iguales de automóviles han de valer en Venezuela un 40% más que en USA o Alemania.

5.—Una de las mejores explicaciones de la relativa estabilidad de nuestros precios se apoya en el cúmulo de importaciones, que complementa abundantemente el abastecimiento nacional. Hay quien habla de "inflación sumergida" por el aluvión de dólares que gastamos alegremente en el extranjero para inundar nuestros mercados de productos extranjeros. Hecho posible, por la paulatina liquidación del patrimonio petrolero nacional. Resulta colosal e impresionante el volumen de nuestras importaciones, aun de bienes de consumo (1967, Bs. 1.289 millones; 1968, 1.521 millones). A pesar del proceso de sustitución de importaciones —objetivo de la industrialización— el porcentaje de las mismas en el consumo total del país se ha mantenido, por continuado aumento de aquéllas, alrededor del 12%.



6.—La mejor explicación se podría, quizás, avanzar en forma de pregunta:

¿Es cierto que los precios no han subido? ¿No ha sido más bien que su costo ha sido doblemente repartido: una parte —no encarecida mayormente y reflejada en los índices— la ha pagado el público consumidor, pero la otra —más disfrazada y en ascenso— ha corrido a cargo del Gobierno?

Aquí podemos encontrar la solución al enigma. Sería deseable poder medir el elevado costo que supone para el Estado venezolano la política de contención de precios. Es lo que estamos intentando hacer en el estudio que insinuamos al comienzo y que verá la luz pública posteriormente. En él distinguimos el costo de las medidas directas y de las indirectas.

Entre las primeras señalamos la política de mercadeo del BAP, el subsidio lechero, la subvención cambiaria a importaciones privilegiadas. Entre las segundas, las exoneraciones de aduana, los créditos oficiales baratos, etc.

La imputación al Fisco de la acción del BAP ha sido, de 1962 a 1968, de 401,7 millones. El subsidio lechero —del que tanto se habla— le ha costado, en idéntico lapso, 284,8 millones. La subvención a la sola importación de trigo —de la que pocos han hablado—, para los años 1964-1968, ha supuesto un pago de favor a importadores de 236,9 millones. Las exoneraciones de aduanas, de 1962 a 1968, ascendieron a la friolera de 3.955,9 millones, etc., etc.

Una nota peculiar que presentan muchas de las series anuales es que van subiendo hasta llegar a un máximo y mantenerse en él o descender un poco. Lo que, analizado con detención, es indicio —como en el caso del subsidio lechero— de lo insoportable que acaba siendo para el Fisco la carga.

Todo ello conduce a la conclusión de que la presión inflacionista contenida artificialmente en los precios para el pequeño consumidor se ha ejercido en la parte del precio que ha costado el Gobierno.

7.—Las causas hasta ahora apuntadas han dejado de lado otras que para muchos suelen ser raíz principal de las inflaciones, la incontinencia monetaria o dilatación excesiva del circulante en poder de la colectividad y las presiones salariales.

Muchos misterios teóricos deben ser todavía elucidados para determinar cabalmente cuál sería la cantidad necesaria que habría que suministrar a las economías, tanto nacional como internacionalmente. Lo que sí es cierto que, desde el punto de vista interno, los indicios de la inflación son dos: el alza de precios o la merma —por el déficit de

la balanza de pagos— de las reservas internacionales que el país posee.

Conocemos los trastornos sufridos por países hermanos debido también en gran parte a los excesos de emisión monetaria. En cambio, mirando la serie retrospectiva de nuestros índices monetarios, hay que reconocer y alabar la prudente y firme actuación del Banco Central de Venezuela a todo lo largo de su historial. Su política se ha regido —cual convenía— dentro de los cánones de la más clásica ortodoxia.

Dada la índole de la Revista, no podemos entrar en detalles. Baste insinuar que nuestra razón de encaje, o sea, la proporción de dinero en uso con el producto nacional, es relativamente baja y ha oscilado en la última década alrededor del 0,205; aunque con tendencia a ir subiendo, como corresponde a un país en desarrollo.

RITMOS DE AUMENTO ANUAL 1960-1969

Circulante en poder del público	5,06%
Liquidez global	6,69%
Producto Nacional Bruto	5,82%

Luego si la oferta monetaria y el avance del producto marcaron concertadamente el paso, no tenían por qué subir los precios.

Hay que añadir una circunstancia que ha contribuido con particular eficacia al logro de ese benéfico efecto. Esta ha sido el singular crecimiento que en el monto y proporción relativa de la liquidez total han ido cobrando los depósitos de ahorro. Por su propia naturaleza el dinero depositado en cuentas de ahorro y a plazo, si favorece los procesos de inversión, no es tan movable y actuante en los mercados que afecten al pequeño consumidor.

La severidad de la crisis y tormenta monetaria de los años 1959-1962 tuvo al menos este buen efecto de frenar un tanto la expansión crediticia. Cuando, posteriormente, han soplado más tranquilos vientos, la calma se ha reflejado a veces en aumentos del encaje excedentario de los Bancos y una menor velocidad de circulación del dinero. Ambas causas evitaron, asimismo, la presión sobre los precios.

8.—Una nueva razón debe ser añadida todavía. La generosidad con que en 1958 se festejó, salarialmente, el restablecimiento de la democracia y el do-

minio político que hasta la última escisión de Acción Democrática se ejerció sobre los sindicatos, instauraron en el país una era de paz laboral sin mayores presiones sobre los salarios y, por lo mismo, sobre los costos y precios.



Supuestas estas explicaciones por el pasado, ¿qué nos reserva el futuro?

Podemos responder muy llanamente.

En la medida en que sigan ejerciendo su benéfico influjo las causas favorables que hemos enumerado, o contenida la acción de las nocivas; en la medida en que el Banco Central pueda seguir practicando ortodoxamente las reglas del juego, se mantendrá la estabilidad de los precios.

Como hemos indicado que a partir de mediados de 1968 los precios han comenzado a bailar algo más levemente en la cuerda floja de los índices y mercados, deberá preocuparnos la posibilidad de que hayan ocurrido o se manifiesten algunos desarreglos.

Así, no dejaremos de llamar la atención sobre el nuevo ritmo, menos con-

RITMO ANUAL DE CRECIMIENTO 1967-1969

Circulante	10,34%
Liquidez	12,87%
Producto Nacional Bruto	5,41%



Quiero terminar dejando en el aire una pregunta:

Aunque no hubiera inflación de precios, ¿hubo inflación de ganancias?

¿Quiénes son en Venezuela los beneficiarios últimos de la política gubernamental de contención de precios?

Es muy posible que la razón última de la estabilidad de los índices haya que buscarla en el injusto reparto de los ingresos de la nación. ¿Cómo podrían subir los precios si la mitad de los nacionales no dispone ni del 15% de los ingresos y está desorbitada del mercado?

Mucho me temo que la concentración del circulante en pocas manos y la extorsión de los dineros del Gobierno acaben siendo la soga que estrangule el desarrollo económico del país. Algunos se habrían ahorcado con los sutiles pero resistentes hilos de sus fabulosas ganancias.

certado, que van cobrando las mismas series en los tres últimos años.

Afortunadamente, la dilatación de los depósitos de ahorro ha ido también proporcionalmente ganando terreno. No obstante, como lo advertimos en nuestra conferencia "La inflación; riesgo permanente" (folleto N° 11 de la Colección Samán pág. 18), se ven signos de peligrosidad en "el remansamiento de dinero en la represa de los depósitos de ahorro, pues los diques de contención de esas aguas son extraordinariamente débiles"; puede bastar muy poco para que los muros se vengán abajo y ese caudal de circulante virtual, que hasta ahora no ha ejercido presión sobre los precios, inunde los campos de la economía y haga subir las boyas de los índices a alturas incoercibles. O, lo que sería peor, en la furia desatada de sus corrientes arrasaran el montículo de nuestras reservas internacionales, que irían a perderse en otros mares".

A contrario de la razón señalada en último lugar, todos estamos conscientes de la hirviente ebullición experimentada últimamente en el sector laboral. Al despedirse del Ministerio del Trabajo el titular saliente afirmó que durante su mandato se habían resuelto más de 400 conflictos y firmado otros tantos contratos colectivos. No creo que en ninguno de ellos se haya mantenido la estabilidad de los salarios. La consecuencia necesaria de la pujanza por lo bajo de los salarios es doble: el aparente aumento del poder nominal de compra, pero a su vez el casi inmediato endoso sobre los precios de venta. Malos vientos nos esperan en el mar de los mercados.